

Un mar

Ignacio Piedrahíta Arroyave

Ilustraciones
de José Antonio Suárez Londoño




LETRA X LETRA
~ NOVELA ~

Piedrahíta Arroyave, Ignacio, 1973-

Un mar / Ignacio Piedrahíta Arroyave ; ilustraciones de José Antonio Suárez Londoño. – 2a ed. – Medellín : Editorial EAFIT, 2023.
178 p. ; 21 cm. – (Letra x Letra. Novela)

ISBN: 978-958-720-857-3

ISBN: 978-958-720-858-0 (versión EPUB)

1. Novela colombiana – Siglo XX. 2. Geólogos – Novela. 3. Mineros – Novela. I. Suárez Londoño, José Antonio, ilustr. II. Cadavid Cano, Carmiña, edit. III. Tít. IV. Serie.

C863.64 cd 23 ed.

P613

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Un mar

Segunda edición: agosto de 2023

© Ignacio Piedrahíta Arroyave

© José Antonio Suárez Londoño, de las ilustraciones

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

Sitio web: <https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

Primera edición en esta misma colección: abril de 2006, con el apoyo de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

ISBN: 978-958-720-857-3

ISBN: 978-958-720-858-0 (versión EPUB)

Editora: Carmiña Cadavid Cano

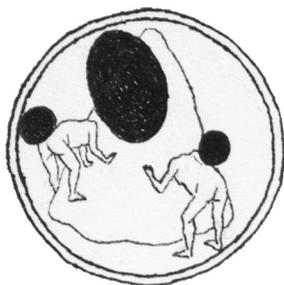
Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Ilustraciones de carátula y de páginas interiores: José Antonio Suárez Londoño

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia





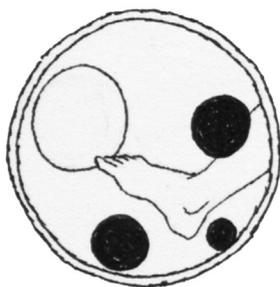
Nota editorial

En 2006 esta casa editorial publicó *Un mar*, novela ganadora de una beca de creación de la alcaldía de Medellín y luego finalista en el concurso del Ministerio de Cultura. Entre los jurados de este último figuraba Héctor Abad Faciolince, por entonces a la cabeza de la editorial y quien decidió convocar al autor para acoger la obra en nuestro catálogo. Transcurridos los años, Claudia Ivonne Giraldo, con el sello a su cargo, propuso una segunda edición de la novela y es ahora Esteban Duperly quien ha acompañado el desarrollo de este proyecto. Esta nueva edición incluye ilustraciones de José Antonio Suárez Londoño y una serie de ajustes con los que, consideramos, hemos pulido al tiempo que conservado la novela original.

Volver al pasado tocándolo, en eso consistió esta aventura transformadora. Al comienzo nos dispusimos como cazadores pacientes a agarrar gazapos, pero pronto el gesto inicial de entrar a hurtadillas a esta casa, en la oscuridad de la noche, para

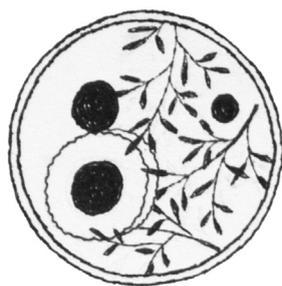
acomodar los cuadros ladeados y salir luego sin ser vistos, incorporó otras acciones: los contornos de algunos personajes se aclararon, palabras que formaban imágenes ganaron nitidez, si bien el paisaje y los motivos permanecieron los mismos. Al final, en la cima de nuestros cuidados, nos reunimos a leer la novela en voz alta y nos dejamos llevar por el oído, que dictó las últimas variaciones para darse gusto, recordándonos que, al tiempo que se ven y significan, las palabras están llamadas a sonar.

Carmiña Cadavid Cano
Editora



*... he visto tierras formadas a partir del mar,
y lejos del ponto estuvieron en tierra conchas marinas...*

Ovidio, *Metamorfosis*, libro XV, "Pitágoras"





1

El sol de la mañana golpea las bancas traseras del bus en su recorrido a la cantera. Desde la ventanilla, el geólogo Arenas observa los diarios paisajes urbanos en un estado de completa indiferencia. Al ponerse de frente al sol por alguna evolución del recorrido, Arenas se ve obligado a cerrar los ojos a los jóvenes rayos que rozan la tierra de tangente. Aun cuando lleva apenas unos días en esta rutina, sabe que al llegar a la cantera la luz será más amarilla y altiva, y brillará sobre los enormes tractores que remueven la piedra caliza de su sitio milenario. Por vez primera en miles de años agitará su interior calcáreo el mismo sol que en él secará los últimos cabellos.

Recogido el último empleado, el bus toma la carretera de la bahía y continúa por la zona industrial a paso más ligero.

El espeso viento marino congestiona la nariz de Arenas mientras observa, sobre su derecha, la caprichosa configuración de los barcos en el muelle. Después de descargar sus baratijas orientales, esperan carbón o petróleo. Él, nacido y criado entre montañas, ha querido ser marinero. Desde su adolescencia, la idea de un horizonte imperturbado, apenas la variación del azul al gris durante el día, y quizá un solo negro durante las noches sin luna, le han sugerido lo que ahora está en capacidad de identificar como eternidad. Pero ahora, cuando debe pasar a diario por el puerto, lo que solía ser un ensueño delicado y admirable se le ha convertido en una ilusión dudosa. Le fastidia pensar que pueda ser una profesión más, real y tangible. Sin embargo, en un proceso intuitivo por salvar su recuerdo, ha encontrado una justificación que le tranquiliza. Se ha dicho que su conocimiento acerca de la composición del fondo marino le concede un derecho renovado sobre su ilusión. Se imagina con frecuencia en una travesía por la soledad del océano, en un cuadro que incluye como parte fundamental su piso móvil de basalto, y siente que sería él en su dimensión más natural. Mientras observa los buques en su conjunto, se dice a sí mismo que es una gran idea, una idea hermosa, por encima de todo.

A través de las ventanas del lado izquierdo, mucho más allá de la cantera y de la zona industrial que enmarca la bahía, Arenas identifica fácilmente el cerro donde lleva a cabo su exploración. Sus verdes lejanos aparecen entrecortados por los edificios de las fábricas que cruzan con velocidad. Desde allí, la inmensidad parece estar en tierra firme, en

los verdes que se prolongan más allá del cerro, como si este fuera una gran ola de movimiento imperceptible, desde cuya cima se advierte otro horizonte. El cerro es su propio mar, que surca a diario como capitán, al mando de Torrales y el resto de la gente encargada de la perforación.

A medio camino de la bahía, el bus reduce velocidad y dobla a su izquierda dando la espalda al mar, para entrar en el barrio que precede a la cantera. En ese instante, tanto los barcos como el cerro desaparecen de su vista. Ahora se internan por un barrio de techos improvisados cuyos habitantes miran el paso del vehículo con gesto inexpresivo. La música de una cantina abierta, sin paredes, apenas un rancho, roba la atención de Arenas. La mirada de uno de los clientes se posa sobre la figura de una secretaria en la banca delantera y acompaña el zangoloteo del vehículo por la calle de tierra. Algunos de los empleados que viajan en el bus se ven repentinamente arrancados de su último sueño y hacen comentarios que él no alcanza a comprender. Cuando la gente de la zona habla rápido, con exclamaciones locales, se le escapa casi todo.

Los ranchos y las casas de distintos materiales se interrumpen al encontrarse con la alta reja que rodea la cantera. Junto a la portería, alrededor de un puesto de café, se reúnen algunas personas, entre ellas Torrales y Jamil, los más viejos de su gente de perforación. Inmediatamente después de la portería se abre una gran explanada de tierra que llega hasta el pie de la cantera propiamente dicha, de donde se extrae la piedra caliza. La que años atrás fuera una colina semejante

a su cerro de exploración se encuentra ahora cruzada por trincheras escalonadas que persiguen el estrato de caliza hacia lo profundo.

De poseer una forma de campana gigante, el cerro de la cantera ha sido convertido en una especie de fuerte bajo, cortado a pique, apenas una ruina de sí mismo.

El bus ingresa a la explanada dando una curva amplia que deja ver la gran máquina trituradora, luego la pequeña casa que alberga las oficinas de los ingenieros, hasta detenerse finalmente junto a un enorme galpón que hace las veces de taller de mecánica. Allí se bajan únicamente los que trabajan en la cantera. Los otros empleados de la empresa seguirán adelante por la bahía hasta llegar a la fábrica. Mientras en la cantera se encargan de tomar del suelo el material calcáreo en bruto, en la fábrica tienen el trabajo de convertirlo en cemento. Arenas siente cierta desconfianza hacia ambos procesos, pues su trabajo no está en ninguno de los dos sitios. Su misión, que consiste en explorar un nuevo yacimiento en el cerro cercano, su cerro, como él lo llama, es anterior a las prisas de la producción. Al menos, así es como él lo considera.

Mientras camina hacia la oficina, Arenas escucha el traqueteo de fondo de la máquina trituradora. Al no parar jamás sus motores, es el único silencio posible. Casi puede escucharse cada roca impulsada con gran fuerza contra una lámina de acero, desastillándose, hasta caer hecha trizas sobre la explanada, formando un enorme cono de material triturado. Arenas se detiene y echa una mirada. Aún no se acostumbra a ese gigante que engulle rocas indómitas y escupe

una grava mansa y amarillenta. Junto a la boca de la máquina, como un dinosaurio excitado por el calor del sol, un enorme cargador llena de material el volco de una tractomula, que lo llevará a la fábrica por la misma vía del bus.

Arenas intenta ponerse en el lugar de la roca que está siendo arrancada de su lecho. Debe ser perturbador despertar de un sueño milenario para ser convertido en polvo, sin tener ocasión siquiera de comprobar cómo ha cambiado todo. De su estado natural de caliza hasta su conversión en fino cemento, la piedra realiza un peregrinaje involuntario. Arenas no lo considera una gran suerte. Él no quisiera ver desaparecer así su cerro. No podrán arrasarlo, borrarlo del mapa, convertirlo en una explanada como aquella, se dice interiormente. Aunque sabe que si el terreno es rico en caliza no podrá impedir los prontos rasguños de los tractores. De hecho, para eso lo han llamado, para que, como un cazador, halle la presa tan deseada. A nadie le importa si él no quiere ver cómo le arrancan la piel y luego la descuartizan. Él se consuela, sin embargo, con la idea de que mientras esté en curso la exploración, solo a él y a la gente que lo acompaña les pertenecerá su verde paisaje. Será un tiempo de tranquila intimidad entre ellos y el cerro.